

15463

Julio 16/72

EL PADRE NUESTRO.



J. BASTINOS E HIJO, EDITORES,

L47 - 8037

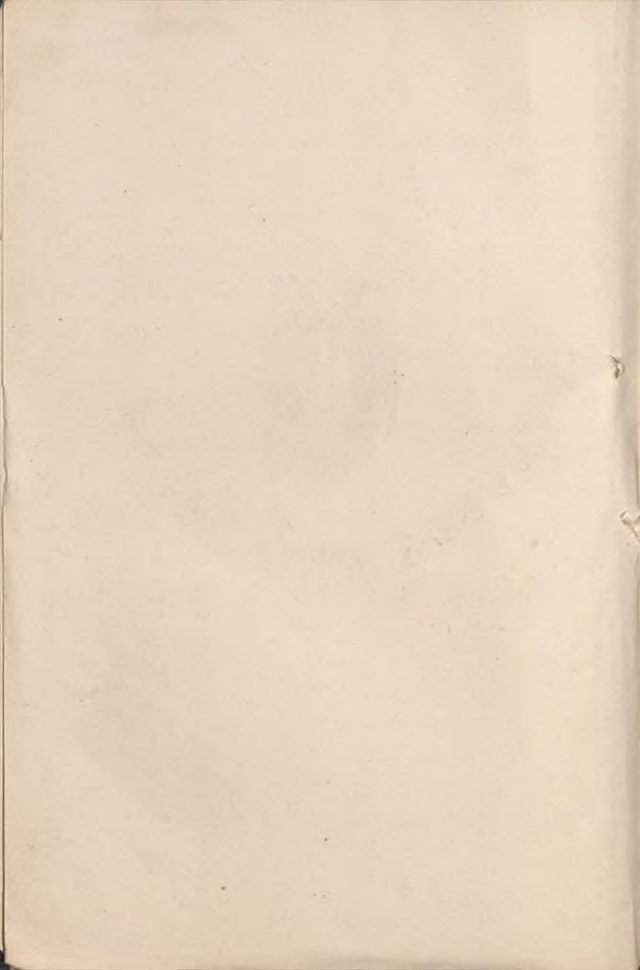
15463

10/1

10/1



FLORES
DE
CAELO



FLORES DEL CIELO,



EL PADRE NUESTRO

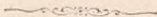
CON IMÁGENES

EXPLICADO Á LOS NIÑOS

POR

P. P. S.

É ILUSTRADOS POR PUIGGARÍ, GOMEZ Y LLOPIS.



CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA,

PRÉVIA CENSURA DEL

Rdo. Dr. D. Juan Miguel Torres García,

CURA PÁRROCO.



BARCELONA.

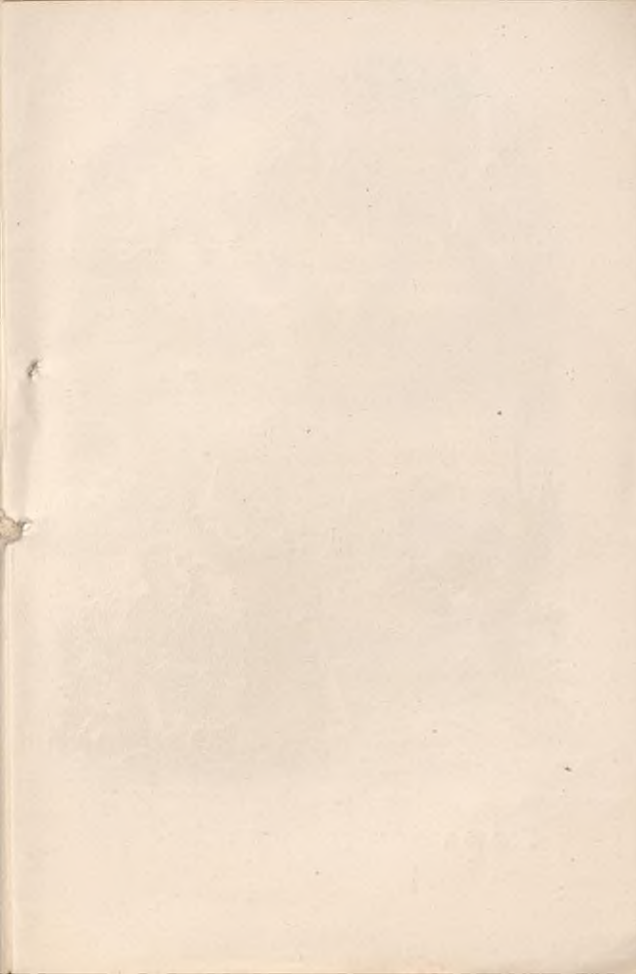
LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES

BOQUERÍA 47 Y BAÑOS NUEVOS 1.

1872.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

IMPRESA DE JAIME JEPÚS Y ROVIRALTA
CALLE DE PETRITXOL, 9, BAJOS.





Padre nuestro que estás en los Cielos.

EL PADRE NUESTRO.

INVOCACION.

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.

En tiempo de la antigua ley los hombres no estaban acostumbrados á dirigir á Dios con frecuencia la palabra, á implorarle en sus aflicciones y manifestarle sus necesidades ; únicamente le ofrecían sacrificios, en que se derramaba la sangre de las víctimas, si bien en las grandes ocasiones levantaban su voz para demandarle auxilio, como hizo Moisés en la ribera del Mar Rojo, durante la batalla de los amalecitas, y otras muchas veces. No obstante, esta no era la costumbre del pueblo; sola-

mente los profetas y los sacerdotes oraban á Dios, y aun solían no atreverse á tanto hasta que el mismo Señor les llamaba, ó les anunciaba su presencia por medio de algun prodigio.

Jesucristo, empero, les animó á recurrir á su Eterno Padre todos los dias y en todas sus necesidades y aflicciones, diciéndoles que lo que pidieran, siendo cosa justa, les sería otorgado; que cuando buscaran el verdadero bien y la verdadera felicidad, en Él lo encontrarían; y que cuando llamasen á las puertas de su misericordia, les abriría al punto sus amantes brazos.

Escuchaban á Jesús sus discípulos encantados de tanta bondad, y se apercebían para en adelante presentar al Altísimo sus preces y sus hu-

mildes acciones de gracias ; pero ¿ cómo?... Nuestro adorable Redentor comprendió esta perplejidad, vió que son muchas las penas y miserias de la humanidad, é infinitos y frecuentes sus apuros, y que sin los auxilios de su gracia divina naufragaríamos en el mar de la vida.

¡Son tantas las cosas que tenemos que pedirle! ¡Es tan menguada nuestra inteligencia para formular nuestras pretensiones! Tan rudo nuestro language para expresarlas!...

El señor se vuelve amoroso á los discípulos y les dicta la plegaria diciendo ; «Cuando oreis decid, *Padre nuestro que estás en los cielos,*» y sucesivamente les enseña todo lo que deben pedir, y al mismo tiempo que estas peticiones son la expresion de su caridad, manifiestan cuántos de-

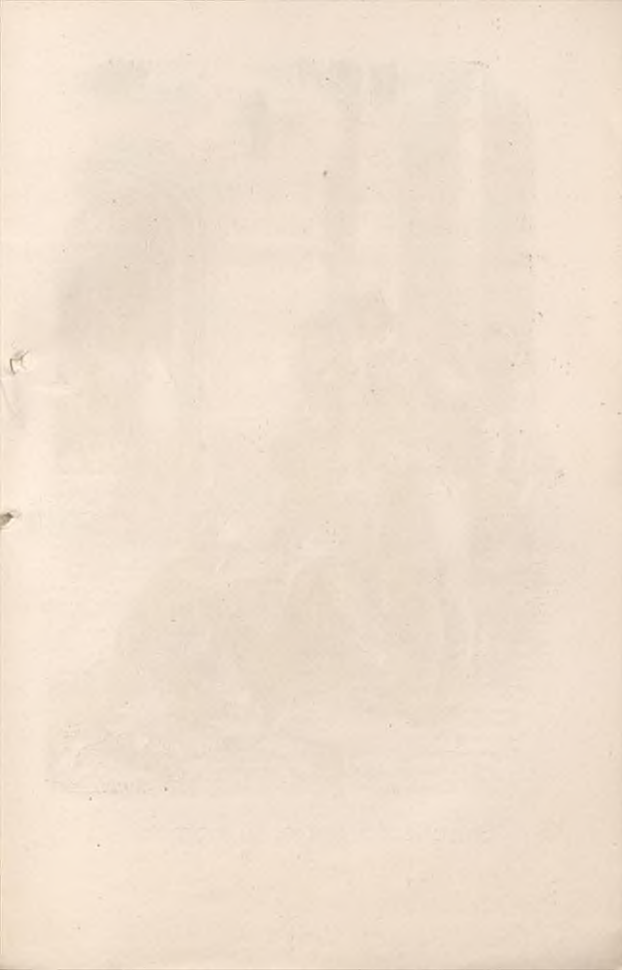
seos caben en el corazon del hombre justo y honrado.

¡ Padre ! ¿ puede haber nombre más dulce y consolador? No ciertamente. Por eso quiere Dios que se lo demos, no mandándonos que usemos el de Rey, Señor ni ningun otro de los que indican autoridad; y quiere que añadamos *nuestro*, lo que equivale á confesarnos hermanos todos los hombres, pues hermanos son todos los que tienen un mismo padre. Al propio tiempo, recordamos que está en los cielos, esto es, en el apogeo del poder, de la grandeza, de la gloria; como si dijésemos que vamos á pedirle con ilimitada confianza, porque es nuestro padre, y como tal, no puede hacerse sordo á nuestros ruegos; y está en los cielos, de donde puede venirnos toda felicidad, oda ventura.

Por eso ántes de emprender trabajo alguno, debemos invocar á nuestro amoroso Padre que está en el Cielo: el labrador se postra humilde al despuntar la aurora, y en su tosco y sencillo lenguaje expresa el anhelo porque Dios bendiga el trabajo que va á emprender. El letrado, el artista, el jornalero, le consagran también sus tareas. No se le vé materialmente como vosotros lo estais viendo, pues al propio tiempo que el Sér Omnipotente nos contempla desde el cielo y acoge nuestras plegarias, se complace en nuestras buenas obras y reprueba las acciones culpables, nosotros no podemos mirarlo más que con los ojos del alma y por medio de la fé. El hombre, empero, vé la inmensidad de Dios y su clemencia en la fértil vega que se

extiende á sus pies, en la bóveda azul donde se pierden sus ojos, en el sol que magestuosamente se levanta en el horizonte, en los frondosos árboles que se mecen sobre su cabeza, y aun le parece que los pájaros que despiertan entre el follage dicen también con sus dulcísimos trinos: «*Padre nuestro que estás en los cielos.*»







Santificado sea el tu nombre.

PRIMERA PETICION.

SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE.

Se santifica y honra á nuestro Eterno Padre cuando en su nombre y para gloria suya se socorre la necesidad de nuestro prójimo, no ménos que cuando se le dirigen oraciones.

¡Qué hermoso, qué sublime cuadro presenta el indigente que extiende la mano pronunciando el nombre de Dios, é implorando por amor suyo una limosna, y el cristiano más ó ménos acomodado que deposita en ella la ofrenda de la caridad!

¡Qué bello es tambien ver en una hermosa mañana las puertas del templo abiertas para recibir en él á los

fieles, como la tierna madre abre los brazos para estrechar á sus hijos; y ver al trémulo anciano, al robusto jóven, á la graciosa doncella y al inocente niño, que por diversos caminos van llegando unos tras otros, y postrándose en actitud de profundo respeto, dirigen su voz al Sér Supremo, unos para exponer sus necesidades, otros para tributarle gracias por los favores que han conseguido, y todos para darle gloria!

Santifica el nombre de Dios quien toma parte en una de las interesantes escenas que hemos descrito, y que hallais representadas en la lámina que acompaña á este capítulo.

Quien pide humilde á sus hermanos el pan que no puede ganar con su trabajo, y mira sin envidia y sin ódio al más favorecido por la fortu-

na, levanta en su corazon un templo á Dios y santifica su nombre, ejerciendo la noble virtud de la resignacion.

Quien se priva de los objetos de lujo, de los caprichos y superfluidades para aliviar la suerte de los desgraciados, dá gloria al Señor, ejerciendo la caridad.

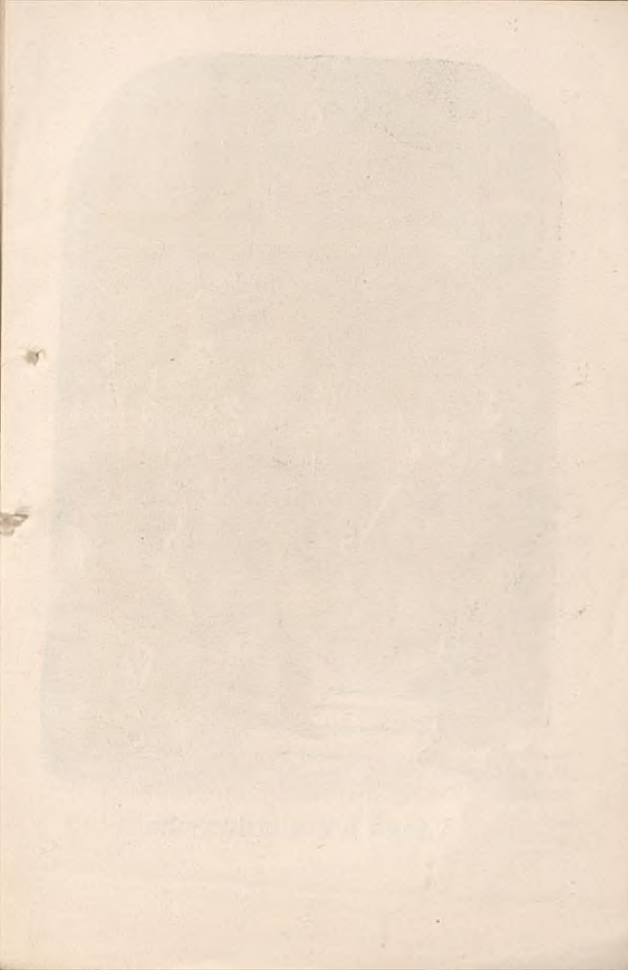
Quien perdona las ofensas y ama al mismo que le ha ofendido é injuriado, tributa honra y gloria á Dios, imitando el sublime ejemplo que Jesucristo nos dió en la cruz.

Y todos los que oran con los labios ó con el alma, porque verdadera oracion son las virtudes de los cristianos, forman un coro sublime, un himno de celestiales armonías, que los ángeles presentan á Dios juntamente con los místicos sonidos de las

campanas, con los magestuosos acordes del órgano, las plegarias de los sacerdotes y el perfume del incienso.

En una palabra, todo lo que es justo y bueno honra, enaltece y santifica el nombre de Dios; y todos los errores y vicios de los cristianos lo mancillan y deshonoran, desprestigiando la augusta religion que hemos recibido del cielo.







Venga á nos el tu reino.

SEGUNDA PETICION.

VENGA Á NOS EL TU REINO.

Jesús nos enseñó tambien á pedirle que su reino viniese á nosotros, esto es, que como herederos de su casa reclamásemos nuestra legítima que es la inmortalidad dichosa, la bienaventuranza eterna para nuestras almas.

Los buenos hijos, empero, no aguardan á entrar en posesion de los bienes de su padre, para buscar su compañía y frecuentar su trato. Nuestro amantísimo Padre quiere, pues, visitarnos, y que le visitemos.

Esta tierna comunicacion, este dulcísimo convite del Padre celes-

tial es el Pan de los ángeles que recibimos en la Eucaristía, alimento que conforta el alma, que recrea el espíritu con inefable sabor que el paladar no percibe.

Es un anticipado galardón para los justos; es, en fin, el *Reino de Dios* en nuestras almas por medio de la gracia; hasta que llegue el día de compartir con sus hijos fieles y obedientes la inalterable felicidad que disfruta en la gloria.

El cristiano que goza de salud corporal se encamina alegre y tranquilo á la casa del *Padre de familia*, y después de reconciliarse con él, si le ha ofendido, como el *Hijo pródigo* del Evangelio, se sienta á la sagrada mesa....

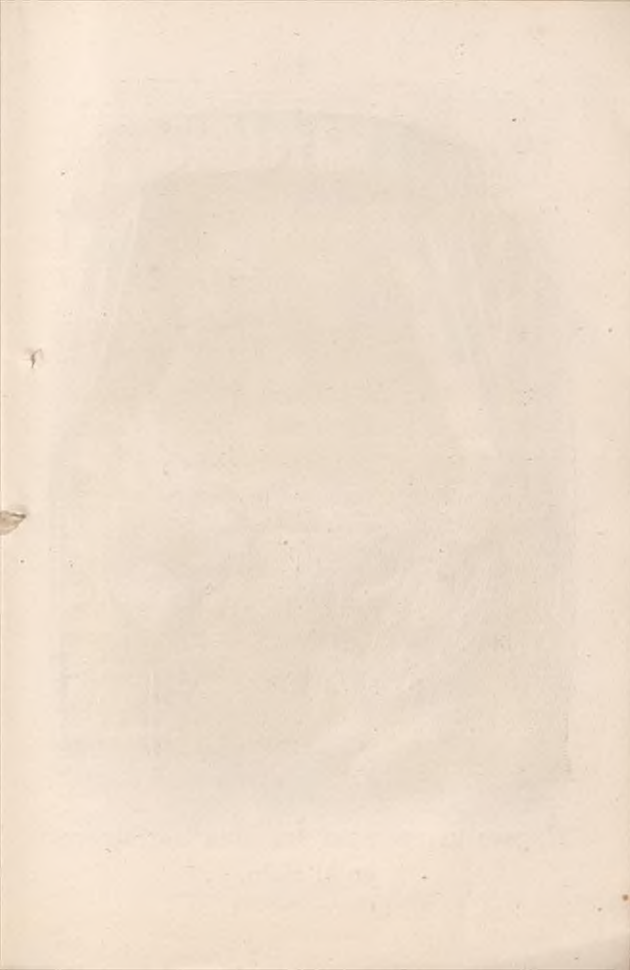
Pero llega el día en que la enfermedad le postra en el lecho, y en-

tónces el amoroso y tierno Padre, que no puede recibir las visitas de su hijo, y no quiere dejar de comunicarse con él: que no puede verlo sentado en su mesa, pero desea alimentarle con el *maná* celeste, le envia un emisario, un ministro con plenos poderes para ajustar con él una alianza, un tratado de paz; para concederle la gracia del Padre misericordioso, del Rey clemente, del Amigo poderoso; y despues, Él mismo por un prodigio de amor, velado bajo una humilde y misteriosa forma, se dirige á visitar al enfermo, á consolar al triste.

Quizá la noche ha tendido ya su negro manto: entonces las puertas y ventanas se abren á su paso, y las luces esmaltan su via como las estrellas el firmamento, y al escuchar el

pausado y argentino sonido de la campanilla que le precede, todas las cabezas se descubren, todas las rodillas se doblan, todas las miradas se fijan con humildad en el suelo, y todos los lábios murmuran una oración.

El que es objeto de tantas adoraciones, el que merece tanta reverencia, Aquel cuya magestad llena los cielos y la tierra, va á encerrarse en un cuerpo débil y enfermo, al cual mañana cubrirá un puñado de tierra; pero el cristiano doliente repite con devoto fervor. « *Venga á nos el tu reino,* » y el reino de Dios ha llegado para su alma, que no debe separarse ya más de Jesus en el tiempo ni en la eternidad.





Hágase tu voluntad así en la tierra como
en el cielo.

TERCERA PETICION.

HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN
EL CIELO.

El deseo que expresamos en esta peticion es tan laudable, es tan admirablemente bello lo que rogamos á Dios al pronunciar esta elocuente y sublime frase, que su realizacion convertiría la tierra en un verdadero paraíso.

En el cielo, donde no hay más que ángeles impecables y puros, y almas que vivieron en perfecta inocencia ó han expiado sus culpas; seres, en fin, que unos no han tenido jamás las pasiones y miserias de la humanidad y otros se han despojado

de ellas, se cumple la voluntad de Dios sin llanto, sin quejas, sin murmuracion; ántes bien entre cánticos de júbilo, alabanzas y bendiciones.

Pedimos, pues, á Dios que del mismo modo se cumpla en la tierra; esto es, con la misma conformidad; sin poner, ni aun con la intencion ni el pensamiento, obstáculos al cumplimiento de sus sábios decretos y elevados designios, y que nos sometamos á ellos, sino con extraordinaria alegría, como los bienaventurados en el cielo, con santa resignacion; pues sabido es que aquella es una mansion de gloria y éste un lugar de prueba.

Si la voluntad de Dios se cumpliera, nunca la mentira mancharía nuestros lábios, nunca la mano del cristiano se tendería para usurpar, por el fraude ó la violencia, la pro-

piedad ajena ; nunca el brazo del hermano se levantaría airado contra el hermano, ni hallarían cabida en nuestro corazon la envidia, el ódio ni las malas pasiones, desechándolas inmediatamente que se insinuasen en él, porque Dios quiere que las desechemos.

Existirían tan sólo las imperfecciones inherentes á la naturaleza humana, pero éstas, reconocidas con humildad por el que en sí las nota, y toleradas con indulgencia por los demás.

Si todos cumpliésemos la voluntad del Señor, los tribunales de la justicia humana no tendrían delitos que castigar y la paz imperaria en las familias, en los pueblos y en los estados; viniendo á turbar solamente la dicha de los individuos aquellos males ine-

vitables, como son las enfermedades, la muerte de las personas queridas y los quebrantos de fortuna.

Aun en medio de los extravíos de nuestra sociedad hay familias que viven enteramente conformadas con la voluntad de Dios, las cuales al experimentar las tribulaciones y penas de esta vida lloran, sí, pero su llanto no ofende al cielo, porque es efecto de un dolor intenso, mas suavizado por la cristiana resignacion. Tal es la que representa esta lámina: contempladla bien, hijos míos. Una madre tiernamente amada de sus hijos, una mujer que era el consuelo de su marido y la providencia de su hogar, que con su tacto y buen gobierno hacía llevadera la pobreza que los aflige, acaba de sucumbir.

El triste viudo y los desempara-

dos huérfanos contemplan el yerto cadáver y los ojos sin luz de aquel sér que tanto amaron; pero reflexionan que el Señor así lo ha querido; que ella ha ido á recibir el premio de sus virtudes, y que ellos á su vez serán llamados á recoger el suyo, y exclaman entre lágrimas y sollozos: *Hágase la voluntad de Dios.*»





El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

CUARTA PETICION.

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA, DÁNOSLE HOY.

Nuestro amoroso Padre y tierno amigo, Jesucristo, nos enseñó también cómo debíamos pedirle el alimento para nuestro cuerpo, condicion precisa de la vida. No de sólo pan vive el hombre, decia este mismo divino Maestro al tentador en el desierto: esto es, no basta el pan de la tierra y los alimentos materiales para nutrir el alma, que es espiritual y necesita espiritual alimento, y para ésta nos dió máximas divinas, Sacramentos santos, y su gracia y amor comunicados por medio de aquellos.

El cuerpo, empero, necesita nutrirse con el pan de la tierra y por esto despues de dar á esta madre comun el gérmen fecundante, despues de encargar al primer hombre que la regase con su sudor para que le rindiese fruto, todavía, quiere que lo pidamos humildemente, por que sin piedad de nuestra parte, sin fé y sin esperanza, ó sin la misericordia y providencia de parte de Dios, nuestras fatigas y trabajos serian estériles.

Como en el grabado que acompaña este capítulo, un ángel hermoso riega el campo que acaba de sembrar el laborioso agricultor; así las nubes bienhechoras, que cual los ángeles y todas las criaturas visibles é invisibles, son dóciles instrumentos del Poder divino, riegan con abun-

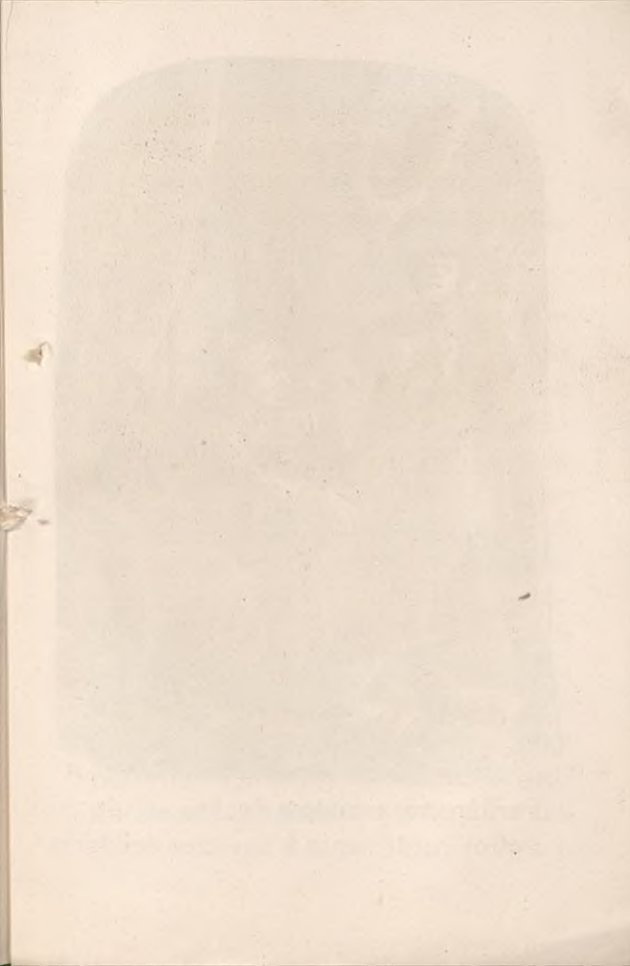
dante y generosa lluvia los surcos que abre en las tierras el hombre virtuoso.

Así tambien, al presentarse negros nubarrones nuncios de tempestad y estragos, el soplo divino los arroja léjos de la heredad de quien en Él confía, y el hijo reverente y piadoso los vé reconocido descargar con furia sobre el mar y las montañas, vé á gran distancia en el negro horizonte la chispa eléctrica que cual serpiente de fuego hiende el espacio, y cerca de sí el arco iris con sus brillantes colores, con su incomparable belleza, símbolo de union del cielo con la tierra.

Es que ha pedido á Dios el pan cotidiano para sí y sus hijos, y Dios cuida de no destruir aquel pan, que es naciente y verde sembrado, ó tierra y apenas granada espiga.

Del mismo modo los ángeles inflaman con nùmen fecundo la mente del artista, y el modesto trabajador y el sábio letrado ven todos fructificar su trabajo, recibiendo sobre su bufete, sobre su taller ó su laboratorio la bendicion que con ferviente ruego han invocado.

Finalmente, Dios nos enseñó á pedir *pan* sólo para un dia, á fin de que nos quede la necesidad y la obligacion de volver á pedirlo al siguiente, á la manera que los israelitas tenían prohibido recoger mayor cantidad de máná que la que consumían cotidianamente, porque nuestro buen *Padre* proscribe la avaricia y la ambicion, y quiere que lo esperemos todo de su infinita bondad y misericordia.





R.P. LLOPIS
Perdónanos nuestras deudas así como
nosotros perdonamos á nuestros deudores.

QUINTA PETICION.

PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS ASÍ COMO NOSOTROS
PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES.

La quinta peticion de la sublime plegaria que el divino Maestro se dignó enseñarnos, al propio tiempo que una súplica, contiene una promesa, pues no le pedimos el perdon de nuestras culpas de un modo incondicional; sino ofreciéndole en cambio perdonar á nuestros prójimos, y dándole la medida de la indulgencia y amor con que deseamos mire nuestras faltas y errores, en la indulgencia y amor con que á nuestra vez miramos las flaquezas y miserias ajenas, y los agravios que nuestros hermanos nos han inferido.

Dulce satisfaccion se experimenta en efecto cuando despues de haber vivido algun tiempo enemistados con un pariente , un amigo ó conocido, se reanudan los suaves vínculos del parentesco, de la amistad ó el afecto, por medio de una cordial reconciliacion, y esta complacencia es sólo comparable á la que experimenta el alma al reconciliarse con el Criador, despues de haberla abrumado el peso de la culpa y afligido la ausencia de la gracia.

Ambos sentimientos son sublimes é inefables, porque ambos tienen un origen divino: en el primer caso llenan nuestro corazon las dulzuras de la caridad con el prójimo; en el segundo rebosa en él el reconocimiento por la caridad que nuestro amado *Padre* se digna usar con nosotros.

La enemistad, la cólera, el enojo, son las tinieblas de la noche, la fosfórica luz del relámpago, ó los estragos de la tempestad; el amor, el perdón, la indulgencia es la serenidad del cielo, la blanca luz del alba y el vivificante calor del sol.

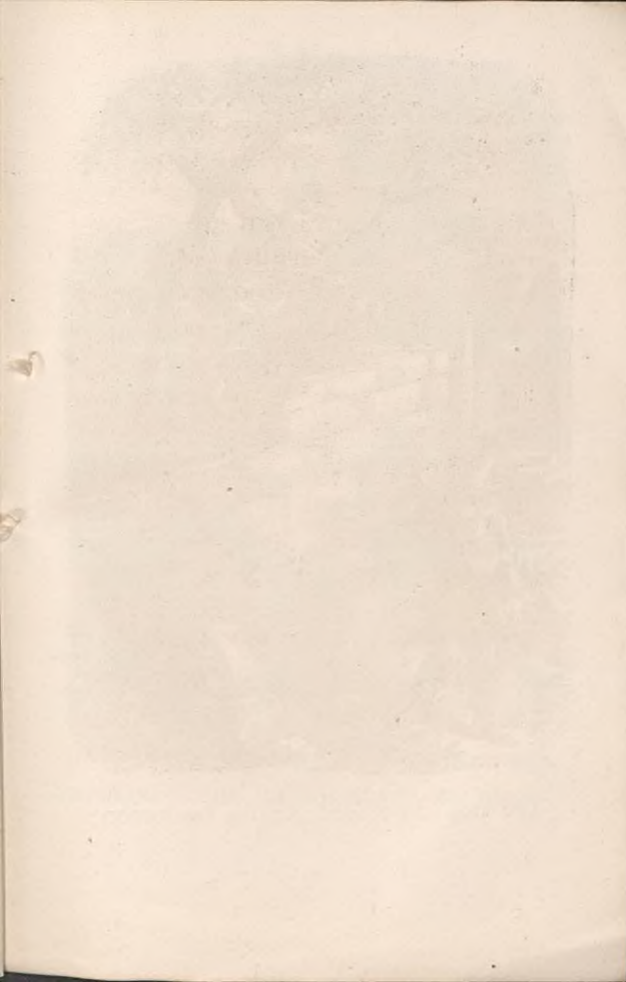
Cuanto mayor es la ofensa recibida, cuánto más hemos sentido nuestro pecho desgarrado por la ingratitude, ó nuestra reputacion mancillada por la calumnia, cuanto más la envidia ó la murmuracion han turbado la tranquilidad de nuestra existencia, más tenemos la honra de semejarnos al divino modelo; que con su pura frente herida por las espinas, las manos y piés taladrados, y todo su cuerpo desangrado, abre los lábios pálidos y contraídos por la intensidad de sus dolores, y pronuncia pa-

labras de caridad y misericordia.

Fijaos, niños amados, en la lámina que os presenta una escena tierna y conmovedora. Un hijo ingrato ha llenado de amargura con su reprehensible conducta el corazón de sus amantes padres: vuelve, por fin, á sus brazos arrepentido de sus extravíos, y mientras el autor de sus días le bendice y perdona, la cariñosa madre levanta los ojos al cielo exclamando con dulcísima fruición: *«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»*

Dios acogerá benigno esta súplica, se compadecerá de los generosos padres, y perdonará sus faltas, porque ellos también han ofendido alguna vez á su Creador.

¿Quién, en el mundo, no tiene faltas ó errores sobre su conciencia?





No nos dejes caer en la tentacion.

SEXTA PETICION.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION.

Tambien nos ordena el Señor que demandemos continuamente su auxilio y proteccion, sin los cuales estamos expuestos á dar las más crueles caidas; nuestra natural debilidad y la violencia de nuestras pasiones, unido á los malos ejemplos y á los nocivos consejos que recibimos en la sociedad, nos arrastrarían á la perdicion sin este poderoso y eficaz auxilio.

Nuestro amoroso Padre nos ha dado por guias y compañeros, ángeles que nos aparten del mal con sus avisos, y que hagan nacer en nues-

tro corazón nobles sentimientos, y germinar en nuestra mente ideas de justicia y probidad. A ellos debemos esos generosos arranques, con los cuales interrumpimos una conversación imprudente y poco caritativa, ó desistimos de un culpable proyecto.

Los niños, sobre todo, los inocentes y cándidos niños, prontos á ceder á cualquier impresión, á doblegarse, según la expresión de Jesucristo, á cualquier viento que sopla, como la débil caña se mece junto al arroyo, son los que más necesitan que Dios los sostenga con su poderosa y santa mano, que el Ángel custodio los guíe, como el Arcángel S. Gabriel guió á Tobías en su peligroso viaje.

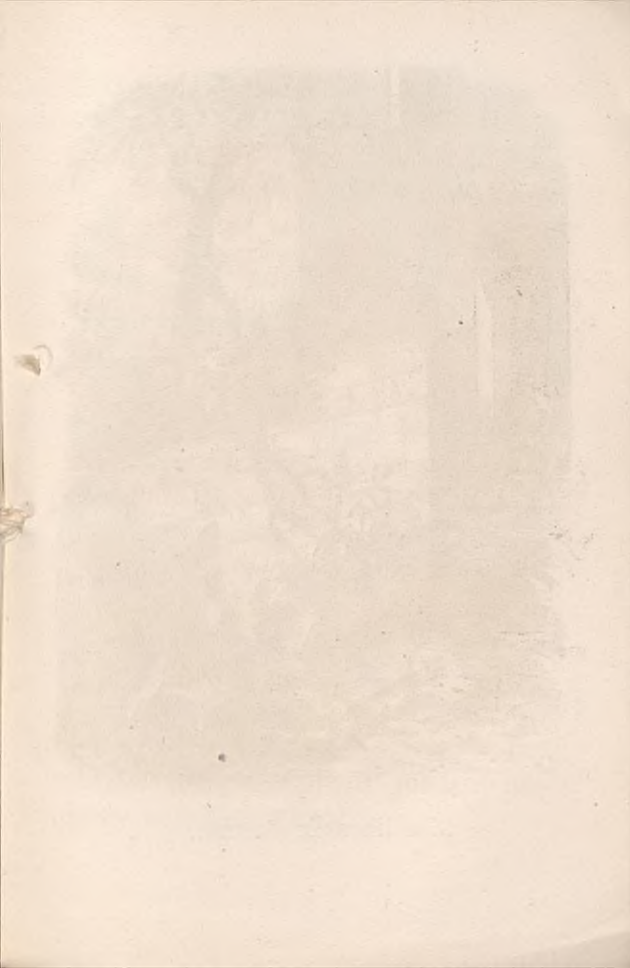
Ora su natural travesura y la viveza y aturdimiento propios de los pocos años les aconsejan una acción

indigna de un niño cristiano y virtuoso, ora pérfidos amigos les inducen á imitar su conducta harto reprehensible; pero una voz insinuante y cariñosa les disuade de cometer actos que la razon rechaza y la religion condena.

¡Cuántas veces una cuadrilla de muchachos aturdidos é indóciles á las órdenes de sus superiores y al grito de su conciencia, en vez de dirigirse á la escuela, templo de la educacion, en que su corazon se forma y su inteligencia se desarrolla; en vez, decimos, de dirigirse allá donde ha de recibir el alimento moral y material; se aleja de aquel sagrado recinto y va á caer como una plaga de langosta sobre un campo de frutales, y allí satisface su gula con el dulce fruto ilegítimamente adquirido, que-

brantando los divinos preceptos y las humanas leyes.

Si alguna vez, queridos niños, veis un cuadro semejante al que describe nuestra pluma y presenta nuestro grabado, compadeced á las obcecadas criaturas, que así ceden, unos á sus malos instintos, otros al pernicioso ejemplo y á las torpes sugestiones; y estad ciertos de que los tales no han implorado con fé y humildad la ayuda y proteccion del Cielo, y estad seguros tambien de que si hay alguno que pruebe á disuadirlos de su culpable propósito, y desesperanzado de conseguirlo se abstenga de tomar parte en el saqueo, es porque ha invocado fervorosamente la proteccion divina, y su Padre celestial y su ángel bueno no le dejan caer en la tentacion.





Mas libranos de mal.

SÉPTIMA PETICION.

MAS LIBRANOS DE MAL.

Dos clases de males podemos experimentar en esta vida, los espirituales y los corporales. De todos puede librarnos la paternal bondad del Señor; pero en muchas ocasiones consiente que estos males nos aflijan, por diferentes motivos.

Las más veces los segundos son consecuencia de los primeros, ó bien porque Dios quiere castigar nuestra indocilidad y alejamiento de su paternal seno, ó bien porque las imprudencias provocan desgracias que con un comportamiento juicioso hubiera sido fácil evitar,

Los males del cuerpo son pasajeros, como todo lo de esta vida transitoria, y frecuentemente son una prueba que el Señor misericordioso nos envia, para acrisolar nuestra virtud y proporcionarnos medios de merecer las eternas recompensas: pero cuando no son más que el resultado de nuestra imprevisión, ó reconocemos que pueden muy bien tomarse como verdaderos castigos, entónces al dolor físico ó á la pena material, se junta el remordimiento. En consecuencia, cuando decimos al Señor *mas libranos de mal*, le pedimos muy particularmente que nos libre de los males morales, de las consecuencias de nuestras pasiones, y de los extravíos de nuestra razon.

El niño que os presenta la lámina que acompaña esta leccion, ex-

perimenta las consecuencias de haber escuchado los consejos de un apetito inmoderado, de un deseo imprudente de adquirir lo ageno, y nó las amorosas insinuaciones de su ángel custodio, que le dictaba una conducta bien diferente de la que ha seguido.

Atraído por ese injusto anhelo y apoyándose irreflexivo en una tierna rama, para alcanzar el codiciado fruto, la ha sentido crugir bajo su tembloroso pié, y ha venido al suelo lastimándose gravemente.

En tanto un inocente compañero, cuya alma valerosa resiste y vence á las malas sugestiones, cuyo corazon es dócil á la inspiracion de la gracia, va á buscar en la escuela el grato refugio contra las tentaciones, al par que los consejos de la ciencia y de la virtud.

«*Mas libranos de mal*» ha dicho al Ser supremo, y le ha librado de la culpable accion de robar la fruta, que es un mal moral; y del peligro de una caida, mal físico tanto más sensible, cuanto él mismo se lo habria ocasionado.

FIN

DEL

PADRE NUESTRO.



